

Nº 626
18
Mayo
2022
Miércoles



No siempre los políticos han sido así

Emilio Álvarez Frías

Comprendemos que los españoles de bien, los que piensan, los que tienen ideas propias o toman las ajenas debidamente elaboradas, anden cabreados en estos últimos años. Es para eso y para mucho más. Se oyen tales sandeces, se asiste a tales barbaridades, a veces escuchamos a unos ministros que son unos soberanos mastuerzos ignorantes, irresolutos, a unas ministras necias, igualmente ignorantes y fluctuantes en sus devaneos difíciles de entender o admitir, a unos oscuros y desconocidos asesores que, por lo que se deduce, apenas saben qué es asesorar pues empiezan por no saber de la materia que les han endilgado...

De lo que tenemos a la vista, y apreciamos nada más despertarnos por la mañana, es que el jefe de la camarilla es un marrullero total, del que se deduce su falta de conocimientos tan pronto tiene que enfrentarse con una decisión importante para la nación que pretende gobernar, que es incapaz de llevar a su gobierno por el buen camino para presentar al parlamento idóneo para dotar a la ciudadanía de lo más necesario con el fin de encarrilar su progreso y disfrute. A cambio asume las propuestas de sus atroces ministros o ministras, que, junto con sus delirantes decretos ley, van siendo aprobados por los desequilibrados congresistas procedentes de la izquierda, más los terroristas de ETA y separatistas catalanes y de otros rediles. Y con esos acuerdos van destrozando al país, a las instituciones, la moral pública y privada, y la historia que revuelven y ensucian.

Apuntábamos que los políticos no siempre han sido así porque es un hecho irreversible, aunque, probablemente, en los últimos tiempos de la democracia, las cartas que se manejaban estaban marcadas y permitían muchas trampas. Porque los hemos conocido de una seriedad exquisita con los asuntos del Estado, entregados plenamente en el impulso y mejora del área que le había correspondido en el Gobierno, conocedores de la materia que les correspondía desarrollar, con experiencia más que suficiente para saber por dónde habían de ir las medidas a desplegar...

Quizá es que las reglas del juego eran o se entendía habían de ser diferentes a las que ahora se utilizan. No recuerdo haber oído a ningún político utilizar la descalificación de otro que pudiera no opinar igual, sino que lo que éste hacía era exponer su punto de vista con el fin de que decidiera el sector de la comunidad al que correspondía el tema, previa deliberación tan amplia como

fuera necesaria, hasta optar por la decisión más conveniente. Aunque lo normal era el cambio de impresiones previo para entrar en el debate una vez limadas las asperezas.

Por el contrario, el presidente actual, en vez de presentar programas adecuados, toma por buenas las sandeces de sus ministros o asesores, a los que agrega sus ensueños e inclinaciones personales, y en vez de someterlo al criterio de conocedores del tema, lo planta en un decreto ley y lo lanza como una jabalina al Congreso de los Diputados para que lo aprueben «sí o sí», como reza su mantra, y seguidamente culpa a la oposición de la negación del apoyo que de ellos exige, tildándolos de «falta de sentido de Estado» pues, al parecer, ese sentido solo se encuentra en su mente iluminada.

Evidentemente, los políticos no siempre han vestido ni peinado las melenas que ahora llevan. Cuidaban la forma de atildarse, como cuidaban su comportamiento en los lugares públicos y respondían a lo que de ellos se esperaba. Y al actuar pensaban en el beneficio de la nación y de los conciudadanos por los que ejercían su rango. Lo que, tras no pocas penalidades, esperamos tener en un plazo de tiempo no demasiado largo. Políticos que han de comprometerse con ánimo de servicio a la comunidad, y a los que les tocará hacer, sin remilgos y con brío y arrojo, una gran limpieza en todos los aspectos, tanto en quienes visten con nombre y apellido, desde los que han apantallado en mesas o rincones, a los fieles que cumplen desde el oscurantismo las órdenes que les llegan, como respecto al saneamiento de leyes y demás disposiciones, sin demorarlo apenas; planificando correctamente el funcionamiento de las instituciones del estado para dotarlas de entereza y honradez; limpieza que se ha de extender hasta el último rincón de la nación al que ha llegado la polilla y las cucarachas.

Porque gente decente para sustituir a esta tropa la hay. Y no hace falta hurgar demasiado. Como no es difícil encontrar un botijo como el que hoy presentamos, aunque no aparezca en todos los escaparates, encabezado por un paisano tocando la trompeta, seguramente para animar a los a los que nos consideramos más listos que él, sin serlo. Él sí que es listo, pues se alza en lo alto del botijo que será pieza fundamental de la feria. No sabemos de dónde es la pieza ni quién fue el alfarero, únicamente podemos decir que lo hemos encontrado buscando por Palencia.



* * *

No fue un mal sueño

El presidente quiere sumisión y no la colaboración que se origine por ser beneficiosa a los intereses generales. Esa es la diferencia entre ser oposición y ser alternativa

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

La semana pasada se me ocurrió seguir a través de la tele la sesión de control en el Congreso. Tengo cierta experiencia de las sesiones parlamentarias; en la Transición como periodista y luego, durante varias legislaturas, como miembro del Senado. En lo que viví el otro día mi veteranía

me jugó la mala pasada de la decepción. Nada que ver aquel clima constructivo que viví, afable en la forma y riguroso en el fondo, con este galimatías que enjaretaba insultos, descalificaciones y torpezas. Pocas preguntas eran contestadas por el Gobierno que se escudaba en la ironía, a menudo barata, para desviar o eludir las respuestas. La oposición también desperdiciaba bazas desde la evidente inferioridad dialéctica de no cerrar los turnos. La intervención que más me interesó fue la de Edmundo Bal que se apuntalaba en su propia vivencia. Y la del ministro Bolaños la que más me decepcionó.

Félix Bolaños, desde ese tic de conformismo asumido de todo principal que ha sido segundón, insultó acá y allá, sacó a relucir la leyenda de los discos duros destruidos a martillazos, que se demostró falsa, pero no contestó a las preguntas de la oposición. Supongo que de eso se trataba. Imagino que fue el inventor de la historieta del acoso de los espías a Sánchez, Robles, y otros ministros para tratar de justificar el cese de una funcionaria del Estado que, en todo caso, cumplió órdenes y actuó legalmente. Desvelar las supuestas escuchas, tras el cabreo de los independentistas al saberse espiados cuando conspiraban contra el Estado, fue el hazmerreír de los servicios de Inteligencia de nuestros aliados.

En ese mismo Pleno del Congreso, ante las críticas por el cese de la directora del CNI, Sánchez acusó a Inteligencia: «Es evidente que ha habido un fallo en la seguridad de las comunicaciones del Gobierno». Pero no dijo que, según



informó Moncloa el 21 de septiembre de 2020, en respuesta a una pregunta escrita de Macarena Olona y otros diputados de Vox: «La seguridad integral (física o comunicaciones, entre otras) del presidente del Gobierno depende del Departamento de Seguridad de Presidencia del Gobierno tanto en el Complejo de la Moncloa como en cualquiera

de sus desplazamientos». Cuando se produjo el supuesto espionaje el responsable era Bolaños.

Se ha repetido desde los medios bondadosos con el Gobierno que a una directora del CNI de «la Casa» le ha sucedido otra directora de «la Casa», pero se obvia el detalle de que la nueva directora llega desde una Secretaría de Estado del Gobierno. Es como si cayésemos en la trampa de considerar que Dolores Delgado es fiscal de profesión al tiempo que olvidásemos que llegó a la Fiscalía General del Estado desde un escaño socialista en el Congreso y desde su condición de ministra de Justicia.

Lo que uno recordaba de Bolaños es que, ya ministro, se le debe una afirmación tan chocante como: «Los jueces no pueden elegir a los jueces igual que los políticos no eligen a los políticos». ¿Y quién le eligió a él? Sánchez, un político. ¿Y quién eligió a Sánchez? El Congreso de los Diputados integrado por políticos. Ya sé que la división de poderes molesta a veces a ciertos políticos, pero es la esencia de la democracia. Las autocracias no la soportan, pero las democracias la tienen como basamento.

La sesión de control parlamentario me produjo algún sonrojo más. Hay latiguillos de dialécticas romas que por el hecho de repetirse no se convierten en verdad. Aceptar otra cosa sería darle la razón al doctor Goebbels, el manipulador ministro nazi de Propaganda. En contra de lo que se dijo en la referida sesión, el único partido condenado por corrupción, como tal partido, en nuestra democracia recuperada es el PSOE en el caso Filesa que, al parecer, no existió. El PP nunca fue condenado como tal pese a lo repetido una y otra vez y lo expresado por el presidente Sánchez en su moción de censura, manipulando una sentencia servida en bandeja por un juez amigo, apaño reconocido por sentencia posterior.

Resultó curioso que en el mismo Pleno Sánchez se jactase de que hubiesen quedado atrás «los mangantes» refiriéndose a los Gobiernos del PP. El presidente tiene una memoria débil porque todavía colean las condenas a Chaves y Griñán, los dos presidentes del PSOE, los dos presidentes de la Junta de Andalucía y los dos ministros en Gobiernos socialistas. En aquella trama, junto a esos actores principales, aparecía una cohorte de mangantes entre los que había consejeros autonómicos, otros altos cargos y alguna exministra. Que falla la memoria de Sánchez es evidente cuando acusa a la oposición de centroderecha de intransigencia y falta de colaboración. En ese mismo pleno sacó adelante la tramitación de la Ley de Seguridad Nacional gracias al PP, Ciudadanos y Vox que votaron en contra de las enmiendas a la totalidad de ERC y Junts. Ya en el pleno anterior con esos apoyos tumbó la petición de una comisión de investigación sobre el caso Pegasus. El presidente quiere sumisión y no la colaboración que se origine por ser beneficiosa a los intereses generales. Esa es la diferencia entre ser oposición y ser alternativa. Al final de la sesión experimenté esa sensación que se produce tras un mal sueño.



Y como coda otra curiosidad. El Gobierno ha concedido el Collar de la Orden de Isabel la Católica al emir de Qatar, Tamim bin Hamad Al Thaini, monarca absoluto de un pequeño país que aplica la Sharia, rico en petróleo y gas natural, y antiguo protectorado británico. Me pregunto si esa Orden de Isabel la Católica, habiendo otras tan o más relevantes como la de Carlos III, era la más adecuada para un emir musulmán que se sentirá más cerca del llamado por los cristianos Boabdil el Chico, el emir Mohamed XII, que lloró al perder Granada frente a los Reyes Isabel y Fernando finalizando así la Reconquista.

* * *

Biden echa al jefe de la CIA por orden de Kim Jong-un

Eduardo Inda (OKdiario)



Se imaginan la que se liaría si el título de esta columna fuera la vida misma, si acaparase las portadas, los telediarios y los boletines radiofónicos de todo el mundo, si no fuera una broma macabra? El tan cacareado

y pronosticado ocaso de la potencia más grande y benéfica de todos los tiempos sería una realidad, dando paso ipso facto a una etapa de oscuridad caracterizada por el comunismo 4.0 en Iberoamérica, el populismo en Occidente y el *sorpasso* de China a los Estados Unidos con Adolf Putin de diabólico compañero de viaje. Queda más allá de toda duda razonable el consiguiente *impeachment* y destitución del por otra parte ya demenciado *boss* del mundo libre. Biden duraría en la Casa Blanca menos que un caramelo de esos que quiere prohibir Garzón a la puerta de un colegio. ¡Ah! Y el segundo presidente católico en 250 años de historia de los Estados Unidos acabaría en la trena condenado por un delito de traición. Que allí no se andan con tonterías con los que quieren cargarse el sistema de convivencia democrática más perfeccionado que yo conozco.

En la vida hay situaciones que por su propia naturaleza son física y metafísicamente inconcebibles por razones de elemental sentido común, moralidad



o salubridad mental. Una de ellas sería ésta: que el líder supremo de esa dictadura norcoreana que mata deliberadamente de hambre a su pueblo, asesina a sus opositores metiéndoles en jaurías de 100 perros y prueba misiles intercontinentales para barrer la costa de California tuviera cogido por los pelen dengues al presidente de la

primera superpotencia del planeta. Que Biden se convirtiera en un títere en manos del tirano nivel dios que es Kim Jong-un, que este Stalin bajito y gordinflón fuera el que en el fondo dirige los 50 estados de la Unión.

Como igualmente se antoja dadaísta la posibilidad de que Putin o Xi Jinping le indicaran a Biden o a su antecesor y casi seguro sucesor, Donald Trump, a quién tiene que situar al frente de la comunidad de inteligencia más potente del planeta conformada por la CIA, la más silenciosa pero mucho más poderosa NSA y el mismísimo FBI. O como si cualquiera de estos sátrapas le ordenasen guillotinar al jefe de la primera, la segunda o la tercera institución porque les viene en gana o porque satisface sus bastardos intereses. Lo normal, lo ético, lo moral y, obviamente, lo legal es que un dirigente democrático persiga, espíe y luche contra los malos del mundo mundial y que jamás se deje influenciar por este tipo de chusma. Así han sido las cosas desde que el ahora demonizado cristianismo estableció claramente las diferencias entre el bien y el mal.

Pedro Sánchez es mucho peor moral, ética y legalmente de lo que jamás pudimos imaginar, incluso después de que pactase con esa ETA que ha asesinado a 12 compañeros suyos, además de a 844 compatriotas, y con esos secesionistas catalanes que acababan de perpetrar un golpe de Estado cuando él llegó al poder con sus votos. Pero Pedro Sánchez es mucho Pedro Sánchez en lo que al mal se refiere. Hoy es más malo que ayer pero menos que mañana. No sólo indultó a los émulos catalanes de Antonio Tejero sino que ahora está

a sus órdenes. No es el listo que los periodistas de cámara o los vendemotos como Redondete nos presentan sino un tonto muy malo, un mediopensionista intelectual que suple sus carencias echando mano del mal en todas sus representaciones y categorías. Triunfar en la vida por el camino correcto es tan complicado como infinitamente más sencillo hacerlo tirando de ese atajo que es siempre el mal.

El que seguramente constituye el episodio más vil de sus cuatro años de infausta Presidencia no comenzó, como nos quiere hacer ver la mayoritaria opinión publicada de izquierdas, con el espionaje con Pegasus a los capos golpistas catalanes. Es más, como llevo tres semanas repitiendo hasta la saciedad, el CNI hizo lo que tiene que hacer cualquier comunidad de inteligencia en un país serio: tener controlados de lunes a domingo, 12 meses al año, a los enemigos del Estado. Sean rebeldes, sediciosos, mafiosos, criminales, narcos o terroristas islamistas. Para eso están, para parar los pies a quienes quieren cargarse el orden constitucional. El nombre del clon alemán del CNI lo dice todo: Oficina para la Protección de la Constitución (BfV). Allí, por ejemplo, han tenido monitorizados mañana, tarde y noche a los ultras de Alternativa para Alemania y nadie lo ha puesto en tela de juicio, entre otras cosas, porque sus filas se hallan infestadas de neonazis.

En lugar de salir a la palestra y pronunciar un valiente y digno «yo lo ordené»



similar al «yo disparé» de Margaret Thatcher, ese enfermo del bulo que es Pedro Sánchez optó por echar mano de la enésima cortina de humo. «A mí también me han espiado con Pegasus», vino a decir por Félix Bolaños interpuesto, su esclavo moral. Lo cual no era una patraña total sino una de esas verdades a medias que suelen ser las peores de las mentiras. Porque tan cierta era la denuncia como descontextualizada estaba. Lo que hizo, en resumidas cuentas, fue aplicar a macha-

martillo las enseñanzas del propagandista nazi Joseph Goebbels: «Si no puedes negar las malas noticias, inventa otras que las distraigan».

Le espiaron, claro que le espiaron los temibles servicios secretos marroquíes, pero los pinchazos a él, a Margarita Robles, al indeseable de Marlaska, a González Laya et altri se descubrieron hace un año, tal y como demuestra ese informe enviado en «julio de 2021» por el CNI al Gobierno y de inequívoco título: «Detección de software Pegasus en Iphone [el modelo que emplean el presidente y sus ministros]». Una prueba irrefutable descubierta por nuestro brillante jefe de Investigación, Alfonso Egea.

De esta excusa, la de los ataques con Pegasus, se sirvió el presidente del Gobierno para guillotinar el martes a la directora del CNI Paz Esteban. De mentira en mentira y tiro porque me toca. Porque saberlo lo sabía hace 10 meses, entre otras razones, porque su móvil se ausculta semanalmente. Lo que sucedió en realidad es que los delincuentes golpistas exigieron la cabeza de la

jefa de La Casa por haber osado invadir sus móviles, por haber hecho su trabajo, por defender la legalidad y la Constitución, y Pedro Sánchez se la entregó obedientemente para continuar volando en Falcon, durmiendo en Palacio rodeado de edecanes y veraneando en esa Residencia Real –sic– que es la lanzaroteña Mareta, diseñada ni más ni menos que por César Manrique.

Sacrificar a una funcionaria proba, ejemplar, de currículum brillante, con 40 años a sus espaldas en La Casa sin una sola tacha, es la madre de todas las indecencias. Pero consumir esta fechoría por exigencia de quienes perpetraron un golpe de Estado constituye una inmoralidad al cuadrado, si no al cubo. Pedro Sánchez ha destrozado para mucho tiempo un CNI del que nadie en Occidente se fiará, bien porque su jefe cuenta *urbi et orbi* los fallos de seguridad, bien porque ahora está dirigido no por la prestigiada y prestigiosa Esperanza Casteleiro sino por el terrorista Otegi y el sedicioso Junqueras, bien por las dos razones a la vez. Por suerte, el CNI es el Estado, no el Gobierno, pero ahora a ver quién es el valiente o la valiente que se atreve a espiar a los tejeritos catalanes. Hacerlo es un más que seguro pasaporte a la destitución.

Esto es como si Sir Winston Churchill hubiera cedido ante Hitler cortándole la cabeza a los barandas del Mi6 porque tenían penetrados cual termitas las SS y el círculo más íntimo del fñhrer. Pedro Sánchez es el iletrado Pétain de nuestro tiempo tras haberse convertido en un patético esclavo de ese imperio del mal que conjugan Otegi, Junqueras e Iglesias. Ha tenido la oportunidad de pasar a la historia como un Churchill posmoderno que hace frente al golpismo y el terrorismo pero ha preferido terminar en el guano como vulgar émulo de los patéticos Chamberlain y Daladier. Eso sí: con una política de tierra quemada que ha arrasado nuestra arquitectura institucional y ha convertido a esa gran institución que es el CNI en un bulto sospechoso entre los servicios de inteligencia occidentales. Cuando los ciudadanos le larguemos, que lo largaremos, se cumplirá la máxima de Alfonso Guerra: «A España no la va a reconocer ni la madre que la parió».

* * *

Pedro Sánchez, la regla y la ruina de las pymes

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

No lo sabíamos. El ser humano lleva siglos habitando sobre la superficie de la tierra y hasta que no apareció ella en nuestras vidas, hasta que ella no empezó a protagonizar algunos de sus despampanantes descorches desde la tribuna del Congreso de los Diputados, no sabíamos que la mitad, más o menos, del género humano suele sufrir todos los meses, más o menos, eso que en términos médicos se llama menstruación, período o regla («evacuación periódica de sangre procedente del útero, en la mujer y algunos mamíferos hembras», según define el término, en su acepción sexta, doña María Moliner en su glorioso diccionario), y que muchas de esas reglas pueden ser entre molestas y dolorosas, incluso muy dolorosas. Durante generaciones, las mujeres españolas, nuestras madres sin ir más lejos, se las apañaron como

buenamente pudieron para soportar esa adversidad sin aspavientos, y ninguna dejó nunca de atender, en aquel país pobre de solemnidad que nos interpela a una distancia de apenas 50 años, a su familia; ninguna, en aquella España rural depauperada donde no había agua corriente, ni cuarto de baño, ni compresas, ni Cristo que lo fundó, ninguna, digo, dejó nunca de hacer camas, barrer suelos, preparar comidas para una prole numerosa, remendar calcetines, ir al río a lavar pañales a veces rompiendo el hielo de enero con el banco de madera... A pesar de la regla, ninguna dejó nunca de dar amor a los suyos.

Por fortuna esta es una España desarrollada, desde luego muy rica comparada con aquella donde las familias numerosas, casi todas, veían estoicamente morir a un buen número de hijos por falta de la adecuada atención sanitaria. Ahora Irene Montero, convertida en ministra de Igualdad por uno de esos misterios que solo podría explicar la degradación sufrida por la clase política española, ha decidido acabar con los dolores de la regla menstrual o, al menos, con sus consecuencias para las mujeres trabajadoras. La Ley del Aborto que prepara su ministerio (más de 5.000 millones de gasto, cerca de 850.000 millones de las antiguas pesetas,



dinero de sobra para comprar los «siete gran des» bancos en los ochenta), prevé, entre otras muchas cosas, bajas laborales de tres días, ampliables a cinco, para aquellas mujeres que tengan reglas que les impidan trabajar. Doña Irene ha anunciado la buena nueva con gran aparato mediático («Vamos a reconocer por Ley el derecho de las mujeres con menstruaciones dolorosas a

una incapacidad temporal especial») (...) «Avanzamos para que ya no sea normal ir al trabajo con dolor y para acabar con el estigma, la vergüenza y el silencio en torno a la regla»). Porque para ella la menstruación, período o regla es una enfermedad, y las mujeres una especie de taradas a las que ella va a rescatar de su esclavitud biológica.

Pero, ¿cómo se las arreglaban las mujeres españoles para luchar contra las molestias de la regla antes de que esta artera prestidigitadora apareciera en sus vidas? Pues yendo al médico a pedir la baja laboral cada vez que tenían ese problema. Pero, ¿entonces...? Pues sí, pues resulta que la gran novedad que la Irene y su ministerio inútil se han sacado de la manga hace tiempo que está vigente en la legislación española. Basta acudir al *Manual de Tiempos de Incapacidad Óptimos* que facilita la seguridad social para comprobar que el invento está inventado («Dolor y otras afecciones asociadas a órganos genitales femeninos y al ciclo menstrual») y con posibles bajas de hasta 14 días. De modo que ese derecho ya existe. Pero, ¿a qué viene entonces tanto alboroto? ¿Por qué perder el tiempo con fuegos de artificio en un país con tantos y tan

graves problemas como el nuestro? Porque soportamos un Gobierno fracturado, un Gobierno partido en dos bloques irreconciliables, empeñados cada uno de ellos en una campaña de propaganda a calzón quitado, dispuestos ambos, con el dinero del contribuyente, a comprar votos pensando ya en las próximas generales porque en las encuestas pintan bastos.

Filtrado el proyecto de ley al diario gubernamental, el escándalo ha sido considerable, porque ni las propias mujeres están de acuerdo con la medida («¿Soy la única que piensa que las bajas por reglas dolorosas en lugar de beneficiar, perjudican a las mujeres trabajadoras?»). Incluso la UGT, que ya es decir, ha planteado objeciones. Pero ha sido en el seno del propio Ejecutivo donde las tensiones han alcanzado su máximo grado. Y no porque los socialistas blandan contra los comunistas argumentos de razón en un debate viciado en origen, no, sino porque de lo que se trata es de apuntarse el tanto electoralmente hablando con el mínimo desgaste posible. Ambas partes blandiendo la figura de la mujer –como la de los homosexuales, los transexuales, los inmigrantes, lo que sea– como juguete de sus intenciones perversas. Lo sorprendente, sin embargo, lo alucinante incluso en un país con los niveles de paro del nuestro, es que nadie haya pensado en las empresas, particularmente en las pymes, que son las que van a sufrir los efectos de esta nueva disparatada iniciativa producto de una demagogia que hoy todo lo anega.



Todo son cargas para las empresas. Diríase que el Gobierno Sánchez ha decidido empobrecer al país ahogando a las pequeñas y medianas (las grandes siempre terminan apañándose) en una espiral de costes absurdos imposibles de asumir. Con la vicepresidenta y titular de Trabajo, Yolanda Díaz –una señora convertida en un misterio, porque nadie

sabe bien a quien representa salvo, quizás, a CC.OO.– como adelantada, el dogal que estrangula la libre iniciativa no deja de ceñirse en torno al pequeño empresario con medidas legislativas y regulaciones variopintas, traducidas todas en aumento de costes, que les impiden ajustar su producción a la demanda, aumentar su competitividad y, en definitiva, crecer. Subida del SMI, prohibición de despidos, auditoría salarial, permiso de paternidad, baja por regla dolorosa... A ninguna de las ministrillas de este Gobierno se le ocurre plantear un recorte, siquiera simbólico, de las cotizaciones sociales –las mayores de la OCDE– que las empresas pagan por sus trabajadores, algo que contribuiría decisivamente a crear empleo. Ahora, «eternamente Yolanda» quiere forzar la entrada de los sindicatos en los consejos de administración. Es todo un gigantesco disparate que crece sin freno ante el silencio de los grandes del Ibex y la indiferencia de la mayoría social. Y así, por esta ronda de ignominia caminamos raudamente hacia la pobreza como país, eso sí, en nombre de los derechos de los trabajadores.

Atención, porque bastante más grave para las cuentas de resultados que la baja de cinco días por dolor menstrual parece la «ideica», también contenida en el proyecto de Ley del Aborto, según la cual la señora de Pablo Iglesias quiere conceder a las embarazadas un permiso remunerado de un mes antes del parto. Dice doña Irene que lo de la regla lo pagará el Estado (¿también los seguros sociales correspondientes a esas bajas?), pero nada ha dicho de las cuatro semanas de libranza previas al parto. Esta gente pretende arreglarlo todo metiendo mano en la caja pública hasta que no quede un duro. Lo de la necesidad de plantear de inmediato –se lo acaba de recordar Bruselas– un programa de consolidación fiscal –saneamiento de las cuentas públicas– para evitar el riesgo de una crisis de deuda, literalmente «se la suda», dicho sea en términos coloquiales. Ellos son así. Ella desconoce lo que es el Estado, ignora que todo lo que el Estado gasta procede de los impuestos que pagan los ciudadanos. «Si el Estado quiere gastar más dinero, solo puede hacerlo endeudando tus ahorros o aumentando tus impuestos», advirtió la gran Thatcher. «No es correcto pensar que alguien lo pagará. Ese alguien eres tú. No hay “dinero público”; solo hay dinero de los contribuyentes».

Perderá la pequeña y mediana empresa, desde luego, pero sin la menor duda también lo hará la mujer trabajadora, a la que, además de quedar encuadrada en la categoría de enferma crónica, ser inferior necesitado de especial protección, se le añade una nueva barrera para su plena integración en el mercado laboral, particularmente a aquellas en edad de procrear. Si existe el riesgo de que un trabajador pueda causar baja laboral de 3 a 5 días cada mes, los incentivos para contratarle se reducen notablemente. Estamos pues ante un desatino que desincentiva la demanda de mano de obra femenina por

parte de pymes y micro pymes, pequeños negocios que no pueden permitirse el lujo de afrontar bajas laborales recurrentes por razones de coste y eficiencia. Es claro que ninguna mujer brillante de las muchas que ocupan puestos directivos –tampoco ninguna autónoma– en empresas de todos los tamaños va a tomar

esa baja. Se tomará una pastilla y a correr. El peligro acecha a las trabajadoras de menor cualificación. Como de costumbre, los platos rotos por estas comunistas desnortadas siempre los terminan pagando los más desfavorecidos.

Pierden las pymes, pierden las mujeres y pierde, naturalmente, España, un país que parece empeñado en avanzar con paso firme hacia el abismo, de la mano de un Gobierno solo ocupado en sobrevivir a base de ocurrencias. No hay que descartar que la presentación de esta Ley del Aborto esté relacionada con la inminencia de un pronunciamiento del Constitucional sobre el recurso presentado hace 12 años por el PP contra la ley en vigor. Si el Tribunal fallara en contra, el Gobierno salvaría el escollo proponiendo este nuevo texto que



situaría de nuevo al PP contra las cuerdas, obligado a defenderse en un terreno que siempre le ha resultado pantanoso. Mientras tanto, la polémica sobre la «regla dolorosa» ha eclipsado el espionaje del Pegasus y algunas cosas más. Particularmente la relación entre el material espionado en el móvil del presidente del Gobierno y las cesiones recientes al rey de Marruecos. ¿Un chantaje de Estado? Inaudito el nulo interés de Moncloa por «investigar» quién fue el espía de Sánchez. El tesoro del iPhone de Sánchez.

* * *

No hay paz sin libertad

«El más consolador, el más deseable y el más excelente de todos los dones», así definía la paz Agustín de Hipona.

Fernando de Haro (*páginasDigital*)

Después de dos meses de bombardeos sobre la ciudad de Mariupol, convertida en un montón de ruinas, hemos comprendido mejor las dimensiones de esta carnicería que salpica de sangre Europa. El deseo del final del conflicto es cada vez más vivo. Desde finales de febrero hemos visto los campos y las ciudades de Ucrania sembrados de cadáveres. El asedio a la acería de Azovstal, con sus combatientes amputados y acosados por el hambre, con sus civiles exhaustos, se ha convertido en uno de los símbolos de lo que está suponiendo la «operación especial», la invasión puesta en marcha por Putin.

Esta guerra se parece demasiado a la de Siria y a la de Iraq. Basta haber pisado las calles de Aleppo para comprender las dimensiones de lo que está ocurriendo.



Para hacerse cargo de lo que significa el cerco a una ciudad que deja a miles de personas sin agua, sin comida, sin refugios para las bombas. Basta haber visto bloques de edificios atravesados, como si fueran de cartón, por misiles que perforan el hormigón de varios pisos. Basta haber visto calles enteras, desiertas, en la

que todas las casas han sido reducidas a escombros. Basta haber estado en un campo de refugiados en Líbano, Jordania o Grecia para comprender el precio altísimo de la falta de paz. Basta haber visto, en la frontera polaca, la cara de ansiedad, miedo y desesperación de los que han escapado de sus casas. Basta ver llorar a una madre por la separación de su marido y de su familia, para comprender cuál es el don más deseable. Basta haberse despertado en la noche con el ronco sonido de una bomba rasgando el cielo y sembrándolo todo de incertidumbre, para entender cuál es el más excelente de todos los regalos. La paz es la más consoladora de las gracias. Otra cosa es el pacifismo de salón que se alimenta de viejos esquemas mentales, de terceras vías que no existen, de equidistancias imposibles.

¿Qué paz es posible en esta segunda fase de la guerra? Es difícil pensar en una solución que no garantice un mínimo de libertad para el pueblo invadido. El discurso del 9 de mayo nos ha dejado claro que, a falta de poder exhibir algún tipo de victoria, Putin seguirá recurriendo a la propaganda, a la culpabilización de Occidente y a una supuesta guerra defensiva de Rusia. Nos hemos acostumbrado a considerar normal que el líder de un régimen autocrático no diga nunca y en ningún sitio algo que se asemeje a la verdad. Pero sin que la realidad, tal como es, no se abra paso de algún modo no hay paz posible.

Putin no ha conseguido rodear del todo a las fuerzas ucranianas del Donbas. El ejército ruso ha conseguido avances pero son mínimos. Y los ucranianos, con una táctica que se parece mucho a la guerrilla, han llevado a cabo operaciones ofensivas. La liberación de Jarkov ha sido un claro ejemplo. Putin ha reunido todas las fuerzas que tenía disponibles para que el último empujón



fuera definitivo y arrollador, pero una vez más, no ha sido suficiente. Hay informes que apuntan que varios altos mandos han rechazado las órdenes para exponer excesivamente a sus soldados.

Es posible que la segunda fase de la guerra se parezca a la primera. Va camino de convertirse en un conflicto largo.

Kiev, después de todo lo que ha luchado y de todas sus bajas, no puede aceptar que Moscú se quede con parte del país. Putin no puede retroceder, para él es inaceptable, de momento, la idea de que su ejército tenga que replegarse. Sería de gran ayuda que, con realismo, admitiera que puede enfrentarse a una derrota desastrosa. Pero antes de que eso suceda, si sucede, Putin puede seguir causando mucho daño al pueblo ucraniano y puede bloquear los puertos del Mar Negro. El alto el fuego es muy complicado en este momento. Para conseguirlo lo antes posible sería necesario que la guerra no aumentara en intensidad. Cualquier solución que no respete mínimamente la libertad de los ucranianos se puede llamar como se quiera, pero no será la paz.

* * *

Puy du Fou

El espectáculo Puy du Fou, cerca de Toledo, representa de forma espectacular lo mejor de la Historia de España.

Miguel Aranguren (*Woman Essentia*)

La Historia no es unidireccional, como no lo es el presente. Depende de quien la escriba, porque nadie puede despojarse de la subjetividad ni dar por buena la exclusiva parcialidad del dato (una fecha, una cantidad), que siempre debe ir acompañado por la narrativa de los hechos. Ante las limitaciones obvias de nuestros juicios, me intriga pensar en el Juicio Final, cuando por fin veremos las cosas tal y como han sido, y entenderemos la razón de los comportamientos (buenos, inicuos y perversos) de los hombres, así como la consecuencia de nuestros actos. Comportamientos y actos dependen

de numerosas variables que, a su vez, están ligadas a otras variables que saltan hacia atrás, de generación en generación, y que se escapan de la afilada mirada de los sabios.

No hay historiador que pueda arrogarse una versión ecuaníme de los tiempos pretéritos. La descripción que se haga estará siempre limitada por los documentos que hayan estudiado y los que no hayan querido analizar; por las manifestaciones del arte que hayan seleccionado y por los restos descubiertos y analizados por los arqueólogos, que también vuelcan sobre las piedras, los huesos y los utensilios una interpretación que –queramos o no– llevan el sello de quien la realice o de quien la financie. Por si fuera poco, el historiador es un científico de su tiempo, cuya manera de observar la realidad (y no hay realidad más real que lo ya acontecido) está sembrada de tendencias e ideologías cambiantes, que van y vienen como las mareas.

Pero hay maneras y maneras de relatar la Historia, unas más equilibradas que otras y otras más maniqueas que unas. Sin necesidad de hacer sangre, es fácil reconocer los orígenes de la difamación con la que se ha reescrito la nuestra. España soporta el peso de una leyenda negra, interesada, por parte de quienes,



empujados por el puritanismo reformista, por el afán de conquista y por la querencia al dinero ajeno, han conseguido que sus mentiras aparezcan en los manuales que nuestros hijos estudian en el instituto. El odio ha dibujado caricaturas de nuestros mejores compatriotas y de las mayores de nuestras

proezas. La cuestión no es si Cristóbal Colón fue genovés (o catalán) sino la catarata de mendacidades: que en nuestro suelo y en el de los territorios que descubrimos se dio carta de naturaleza a espectáculos dantescos de destrucción, en aquellos tiempos pretendidamente oscuros: hogueras para los herejes, matarife para las brujas, oros y joyas para la Iglesia, gobernada por obispos tan orondos como lujuriosos, que azuzaron el antisemitismo, los genocidios de indígenas en la América hermana, la imposición de la fe cristiana bajo amenaza de pena de muerte, y que fueron cómplices de saqueos en los tesoros indígenas, de expolios de los pueblos conquistados, como nuestros reyes, tan católicos como esclavistas, como el sinfín de monstruos amparados por la corona y por la cruz, que pagaban permisos y bulas para hacer de su capa un sayo. La edad media de los arrabales mugrientos, de las supersticiones, del analfabetismo, de los monarcas sátrapas aparece encasquillada en nuestra conciencia por voluntad ajena, hasta que los relatores ilustrados vinieron a salvarnos a fuerza de golpes de Estado y magnicidios de soporte masónico.

Los responsables del parque temático *Puy du Fou*, que son franceses, podrían haber ahondado en la mentira. A fin de cuentas, sus antepasados arrasaron buena parte de nuestro patrimonio. Sin embargo, han apostado por una visión distinta del argumento oficial. Me cuentan que en sus instalaciones cercanas

a Nantes, el público estalla en ovaciones al contemplar una visión más ponderada de la Revolución Francesa, en la que buena parte del pueblo –pocos lo sabíamos– hizo todo lo que estuvo en su mano para defender los templos y a los sacerdotes de la turba incendiaria y guillotinesca. Me cuentan que los aplausos se hacen todavía más fuertes cuando en el escenario de la representación se iluminan los sagrarios entre las llamas, como estandartes de aquella heroica resistencia.

He tenido ocasión de visitar la versión española de *Puy du Fou*, que se encuentra en una preciosa finca cercana a Toledo. Más allá del acierto en la reconstrucción de los ambientes guerreros del siglo XI al XVI, con alguna licencia por necesidades del espectáculo, me ha sobrecogido que las garras de la hispanofobia ni siquiera hayan rozado tan sorprendente proyecto, que acerca los mejores tiempos de nuestra Historia a un público que apenas sabe nada cierto de lo que ocurrió en aquellas larguísimas calendas. La morería es la morería, lejos de alianzas de civilizaciones, y la cristiandad vivida y defendida por nuestros héroes de carne y hueso, un reto por el que les mereció la pena jugarse fama, hacienda y vida. Aparecen también –no podría ser de otro modo– españoles miserables que se vendieron a la feria de las oportunidades y que, sin quererlo, hicieron más grandes cada una de las gestas rubricadas por nuestra nación.

Volví del parque con la sensación de haber participado de una novedad inesperada, donde la Historia se narra con el sesgo de sus guionistas, por supuesto, pero que en este caso es un sesgo, se me antoja, muy cercano a la realidad.

* * *